

Odiaba el deporte. Esas estúpidas clases de educación física. Que a Frin le gustara o no correr es otra cuestión, de hecho no le entusiasmaba mucho; pero no al punto de odiarlo.

La clase de educación física era otra cosa, estúpidamente odiosa. La clase, el profesor, y Ferraro y todos sus atléticos preferidos que lo iban a hacer figurar en alguna olimpiada.

Podrían ser hermosas mañanas sintiendo un poco de frío, de no tener que estar a las siete en la cancha para la clase de educación física. A ese tipo sólo le importaba lo que él hacía; entrenar a los que iban a participar en las olimpiadas. Frin no hubiera conseguido competir ni aunque se hubiera enfermado el grado completo. Desde un primer momento el profesor se dio cuenta de que a él no le apasionaba el deporte, y Frin supo que sería un largo año de clases de gimnasia con ese tipo que lo había desechado de entrada. Dado que él no lo iba a querer, Frin decidió correr más lento, saltar más bajo o más cerca, estirarse lo menos posible y, cada vez que el tipo estuviera mirando a otra parte, hacer una flexión menos. Cuando el tipo lo descubría lo hacía trotar alrededor

de la cancha. Frin no decía nada, se levantaba y trotaba. Lento. Desesperadamente lento.

—¡Frin! ¡Sigue haciéndote el gracioso y vas a trotar hasta que termine la clase! (gritó el tipo).

Las primeras veces nadie le prestó atención al asunto. Cuando lo volvieron a mandar a dar vueltas a la cancha, Ferraro, el más grande del grado, gritó:

—¡Frin! ¡Corres como una gallina!

Como el profesor no lo retó, otro hizo una broma.

—¡Frin va a competir en las olimpiadas, pero de caracoles!

Tampoco le dijo nada. El grupo entendió perfectamente y aprovecharon para burlarse. Pero él seguía a su paso que apenas llegaba a ser trote. Parecía que se iba a caer en cualquier momento, que había sido el único sobreviviente de una explosión o algo así; pero no, era que estaba trotando. Hacia la mitad del año ya nadie le hacía bromas, no porque se hubieran vuelto buenos, sino porque había dejado de ser novedad. Que Frin estuviera haciendo ejercicios con todos, o dando vueltas solo, daba lo mismo.

Iba más despacio que si caminara. El tipo se desesperaba y le gritaba. Entonces Frin sentía que le ganaba. Iba a trotar despacio hasta que al tipo le explotara el cerebro como una olla de espaguetis. Una vez le aplicó una sanción. Frin le contestó:

—No es justo, sólo porque no corro como usted quiere (él sabía que no era por eso).

—Me vas a decir a mí lo que es justo o no.

El tipo lo suspendió por dos días. Esa tarde Frin fue a la dirección, pidió una cita. Esperó, esperó. Cuando lo atendieron dijo:

—No quiero dejar de venir a la escuela.

Fue una excelente primera frase, porque en la Dirección se oyen cualquier clase de argumentos, “*Lo olvidé antes de salir*”; “*Mañana se lo traigo*”; “*Voy a faltar porque mi papá; mi tío; un abuelo*”; lo que sea, pero nunca nadie va a pedir que lo dejen seguir yendo a la escuela.

—¿Y por qué no vendrías?

—Me suspendieron por no correr rápido.

La Directora llamó al profesor de gimnasia y, delante de él, retó a Frin; pero no fue un verdadero reto. Frin se dio cuenta de que se hacía la enojada, pero no estaba realmente enojada. En el fondo, él estaba ganando, porque le hizo prometer que iba a tratar de correr más rápido, cosa a la que Frin dijo que sí, sin mentir. Iba a tratar de correr más rápido, los primeros diez metros, los últimos tres minutos, el año que viene. Había mil maneras de decir que sí, sin mentir ni obedecer. La Directora se sintió satisfecha y levantó la sanción. El tipo no dijo ni una palabra, pero estaba furioso: él sabía exactamente qué había pasado ahí.

—Hasta luego, profesor (dijo Frin).

El tipo se retiró apenas despidiéndose de la Directora.

Lo cierto es que a Frin le hubiera encantado ganar en una olimpiada, ¿a quién no? Que *ella* lo viera ganando. Sólo que él sabía que no era de los mejores, ni siquiera de los que podrían haber llegado segundos o terceros. ¿Por qué no había olimpiadas

para todos? ¿Cuál es la ventaja de que un tipo salte dos metros de alto? *Las olimpiadas no representan un beneficio a la humanidad.* Ésa era su conclusión. Por uno que salta muy alto, hay montones que son dejados de lado. Por unos pocos que lo hacen muy bien, hay muchos que ni lo intentan.

En una revista que compró en la librería de Elvio había leído de una maratón en la que participaba todo el mundo, grandes, chicos, mujeres, hombres, gente en sillas de ruedas, viejos. Lo importante era participar como cada uno pudiera, sea corriendo o caminando. Frin no lo podía creer. ¿Existía realmente algo así? (Era como si le estuvieran dando la razón; el título de esa nota podría haber sido: *El tipo está equivocado*, hubiera sido maravilloso). Pero además, y esto es lo más importante, sentía que en el mundo había un lugar para él. Había un lugar, seguramente habría más, y tal vez muchos lugares en los que no pensaban como el tipo. Frin sintió que le hubiera gustado correr en esa maratón. Sería divertido así, junto a *ella*, charlando, haciendo amigos, caminando al lado de alguien que fuera en una silla de ruedas, trotando otro poco, al lado de *ella*. Si lloviera sería más divertido todavía.

Cometió un error. Recortó la nota y la llevó a la clase de gimnasia para mostrársela al tipo. ¿Qué pensó? ¿Que organizaría una para el fin de semana? El tipo ni siquiera la miró. La tomó sin leerla, y mientras le decía a los demás que prepararan las jabalinas, se la devolvió. Frin se enojó consigo mismo por haberle dado una oportunidad tan servida al tipo. Con ese solo gesto había conseguido hacerse

sentir rechazado y perder la buena sensación que la nota le había dejado.

El mal humor le duró el resto del día, y le tomó de sorpresa que, precisamente, Ferraro lo invitara a cazar esa tarde. No era algo que pasaba todos los días, y aceptó; no por el hecho de ir a cazar, sino porque Ferraro le daba miedo y más vale hacerse amigo del que te da miedo. Un pensamiento no muy glorioso que digamos, ¿pero qué hacer con uno que te lleva como dos cabezas?

No era a cualquier cosa, era a cazar. De eso recién se dio cuenta cuando le ofrecieron el rifle de aire comprimido a él también. Se puso contento porque eso quería decir que Ferraro lo había invitado de verdad, no para que cargara con algo. Se sintió fuerte. Por un instante se le cruzó la imagen de amigarse con su profesor. Cuando apoyó el mentón en la culata del rifle se dio cuenta de qué estaba haciendo. A él no le gustaba cazar. Matar animales le parecía odioso, pero se había acordado tarde. Ahí estaban todos esperando su tiro, y ahí estaba ese pájaro en una rama a varios metros. No sabía cómo salir de la situación. Se le ocurrió que podía errar el tiro a propósito. Nadie se daría cuenta. De hecho todos tenían mala puntería. No habían cazado nada en toda la tarde. Sólo que tampoco quería que lo dejaran de invitar a otras cosas. No a cazar, pero a cualquier otra cosa. No se suponía que dejaran de invitarlo por errar un tiro. Todos lo habían hecho. Y no pasaba nada. Erraban el tiro, hasta se hacían bro-

mas. Su cabeza pensaba todo lo rápido que se pueda. En un campo cercano pasó un avión fumigador, pero el ave no se movió. Entonces sucedió algo raro dentro de él. Le apuntó al pájaro, porque si daba en el blanco les demostraría a Ferraro y a los demás que él no sólo era el que trotaba alrededor de la cancha. Pero a la vez lo tranquilizaba saber que su puntería era pésima: por más que apuntara no le daría. Sintió un fugaz alivio, porque le pareció que había encontrado una manera de resolver las dos situaciones al mismo tiempo y apretó el gatillo. El pájaro cayó fulminado, los demás gritaron contentos y lo felicitaron. Hasta le dieron palmadas en la espalda. Él devolvió el rifle con un nudo en el estómago. Decidieron regresar porque ya se hacía de noche.

Frin hizo el camino a la escuela viendo el humito de su boca. La respiración es blanca o invisible. En otoño y en invierno es blanca. Concentrado en las formas que le daba a su aliento llegó a escuela. El patio ya estaba lleno de ruidos y chicos. Ni bien entró le llamó la atención uno que iba con un buzo verde fosforescente. Se sonrió. ¿Quién podía ser tan tonto de ponerse eso para ir a la escuela? Se acercó a un grupo de los de su grado y preguntó quién era ese.

—Uno nuevo, ¿viste el buzo que trae?

—Sí, es verde loro.

—No, verde radioactivo.

Se reían.

—Para colmo tiene esas rayas, porque si fuera lo verde nomás; pero tiene las rayas rojas en las mangas y unos dibujos atrás.

El chico estaba solo, disimulando, como si leyera algo en un cuaderno que tenía en sus manos. En realidad miraba el patio, nuevo para él, el techo, los salones de clase, a las maestras, a los que corrían y a ellos, que lo miraban sin disimulo, sin ocultar que se reían. Entonces él clavaba la vista en su cuaderno, como si allí hubiera algo mucho más interesante

que esta escuela nueva. En realidad estaba asustado y quería esconderse.

Frin sintió el impulso de acercarse y saludarlo. Sin embargo, les dijo a los demás:

—Con ese buzo debe gastar un montón de electricidad... debe llevar una batería en la mochila.

Sonó el timbre. Los demás entraron a sus salones; ellos se formaron en el patio. El de verde caminó tímidamente y se puso último en la fila. Sin saludar y sin que nadie lo saludara. Frin trataba de inventar otro chiste. Apareció el de educación física, caminó hasta ellos, se detuvo al ver al nuevo. Pensaron que iba a decir algo, pero no. Siguió caminando hasta la puerta y se fueron con él hasta la cancha. Ahí hizo formar una hilera.

—Buenos días.

—Buenos días, profesor.

—... (miró hacia el nuevo, lo llamó. Él se acercó; pero lo interrumpió)... no, no, puede dejar la mochila en su lugar, nadie se la va a robar.

—(El que estaba al lado de Frin). Es que si no lleva la mochila se le apaga el buzo.

Risas otra vez, pero Frin ya estaba queriendo ver qué tramaba el tipo. El chico regresó, dejó la mochila en su lugar y se acercó al profesor.

—Es nuevo, usted.

—... (hizo que sí con la cabeza).

—... así que es nuevo.

—... (volvió a asentir).

—¿Y cómo se llama?

—Lynko, señor.

—... ajá, así que es nuevo.

*Qué lento es, se desesperó Frin. Tiene arena en*

*el cerebro ¿cómo puede ser tan lento para pensar un chiste?, lo arruina.*

—A ver, dígame (siguió el tipo), aprovechando que estamos solos (pero dicho casi a los gritos), que estamos solos y nadie nos oye (ahí miró al grupo).

Los demás se rieron; pero a Frin le pareció lo más estúpido del mundo, eso ya no tenía gracia, ya nos dimos cuenta de que no estamos solos, lo sabemos, ¿para qué se da vuelta cuando dice eso? ¿Para ver cómo nos reímos de su frase? Qué idiota que es este tipo, por favor, pensaba Frin. El profesor siguió:

—A ver, dígame... ¿cuánto le pagaron por iluminar la ciudad?

El grupo soltó la carcajada. Frin no. *¿Esa era la broma? ¿Esa era? ¿Qué idiota!*, pensó. Eso no es una broma. Aunque se pareciera a la que él mismo había hecho antes, no es igual. Él se había cuidado de que el chico no lo oyera porque si no, hubiera sido una burla. No es gracioso, es estúpido. El nuevo se quedó serio, miró al grupo que se reía, e intentó una sonrisa, como si la broma le causara gracia a él también. Como si tuviera que mostrar que él también se reía de eso. Un buzo verde, sí, ja, ja, qué gracioso. Bajó la mirada, tratando de mantener un poco la sonrisa, y alcanzó a ver que Frin no se reía.

—¡Acá usamos buzos azules! ¡¿Entendió?! ¡Azules!, ¡vuelva a su lugar!

Terminó de decir el profesor, con un tono como si estuviera diciendo cómo son las cosas en este planeta. Recién entonces algunos de los del grupo lo saludaron. En realidad le hicieron alguna broma

sobre el buzo verde; pero le estaban hablando por primera vez, y Lynko aceptó las bromas.

Terminó la clase, regresaron a la escuela. Ellos retrasaron su paso hasta que terminaron caminando últimos.

—Hola, me llamo Frin.

—Hola, y yo, Lynko.

—... sí, ya sé, lo dijiste antes.

Lynko sonrió con un poco de vergüenza.

—No le hagas caso, es un idiota, se cree muy importante.

—¿Por qué te mandó a trotar?

—... (Frin levantó los hombros). Lo único que le importa es entrenar a los mejores para las olimpiadas... (sacó la foto de la maratón), mira esta es una que puedes ir corriendo o caminando...

—A mí me gusta el deporte, ¿juegas al fútbol?

—No (*es que soy malo*, pensó), yo prefiero como estas maratones, es más divertido.

Guardó la foto y siguieron en silencio.

—¿Recién llegaste a la ciudad? (preguntó Frin).

—Hace dos semanas.

—¿Faltaste a la escuela dos semanas?

—... (Lynko asintió).

Frin buscaba las palabras para convencerlo de que no se pusiera más ese buzo, pero tampoco quería ofenderlo. Iba a decir algo así como que acá los chicos hacían demasiadas bromas, o que no se usaban tantos colores. Lynko le preguntó:

—¿Tu papá viaja mucho?

—No.

—El mío se la pasa viajando, por el trabajo.

Llegaron a la escuela y ahí salió cada uno para su casa. Frin acompañó a Lynko hasta la suya. Había dejado para después el tema del buzo. La casa de Lynko era grande y silenciosa; les abrió la mamá, que saludó a Frin en voz baja.

—¿Te quedas a comer?

—No, señora, gracias, voy a mi casa.

Lynko lo acompañó hasta la puerta.

—¿Por qué habló en voz baja? (preguntó Frin, mientras pensaba cómo decirle lo del buzo).

—Es que mi papá está durmiendo.

—¿No trabaja?

—Sí, pero está enfermo, cuando volvió del viaje se sentía mal.

—¿Por eso no fuiste a la escuela antes?

—Sí.

—... (Se hizo un breve silencio)... ¿Dónde compraste el buzo?

—Sí, ya sé, no me lo voy a poner más.

—No, no es por eso, quería saber.

—... (Hizo un gesto de que no le creía).

—En serio, te lo pregunté para saber nomás.

—Me lo trajo mi papá de un viaje... pero ya no lo voy a llevar a la escuela.

—(Frin, miró adentro de la casa y vio pasar a la madre de Lynko, caminando sin hacer ruido)... ¿Y por qué no?, si tu papá te lo regaló es porque pensó que te iba a gustar... los demás no tienen por qué meterse.

—Es muy brillante, ¿no? (preguntó Lynko sonriendo).

—(Ladeando la cabeza). Un poco... pero ¿te imaginas si estuviéramos en otro país? Te hubieran dicho, *¡Acá usamos buzos de colores, ¿me entiende?! ¡No azules, de-co-lo-res!* (se rieron los dos)... bueno, hasta mañana.

—Chau, hasta mañana.



Una mañana, al entrar a la escuela, Frin se encontró a Lynko hablando con *ella*. Se llenó de celos y se sintió traicionado. Lynko lo saludó contento. Frin no respondió.

Ahí estaba, con su ridículo buzo verde, hablando con Alma. *Para qué me habré acercado, si hubiera sabido no me habría hecho su amigo.* En realidad, Lynko no tenía por qué saber cuánto le gustaba Alma; si no se lo había dicho a nadie. No importaba. Ahí estaba otra vez, levantando el brazo para llamar su atención. Hizo como que miraba en otra dirección y no le habló en toda la tarde.

—¿Qué te pasa, Frin, estás enojado? (Lynko).

—... (para colmo el muy tarado es amable.

Si hay algo que odio es estar enojado con uno que insiste en ser amable).

Frin se había convertido en su mejor amigo, les decían Batman y Robin, porque siempre estaban juntos y del lado de la justicia. ¿Cómo no lo iba a buscar?

Alma era una chica del mismo grupo, había llegado hacía varios años, cuando estaban en segundo grado.